

De las palabras de Jesús a la *Animación Bíblica de la Pastoral*

+ Santiago Silva Retamales

A modo de introducción

Me propongo presentar la *Animación Bíblica de la Pastoral* (o *ABP*) según las notas distintivas de las “palabras” de Jesús tal como la presentan los *Evangelios* en su ministerio en Galilea. Los actuales estudios sobre “el Jesús histórico” nos permiten acercarnos a su figura descubriendo el entramado socio-cultural en que Jesús de Nazaret llevó a cabo su misión. Pero no es lo único. Lo más interesante es que podemos acceder a su quehacer con luces insospechadas que nos permiten descubrir toda la originalidad de la propuesta de Jesús, el Hijo del hombre. La cercanía y contraste con los movimientos de su tiempo destacan su persona y su obra como un proyecto único, de carácter profético, mesiánico y salvífico. En este contexto se entienden los significados de sus palabras y el poder que revisten.

I- Las palabras de Jesús

1- *Acciones, palabras y relaciones*

No es posible hablar de las “palabras” de alguien del siglo I d.C. perteneciente a un pueblo del Mediterráneo como Israel, sin referirse a la vez a sus “acciones” o “hechos”. Palabras y acciones están estrechamente imbricadas al punto que Lucas en los *Hechos* sintetiza su *Evangelio* como la exposición ordenada de «todo lo que Jesús hizo y enseñó» (Hch 1,1). Las palabras anuncian los hechos y éstos esclarecen la significación de sus palabras. Acciones y palabras bastan para tener una idea más o menos acabada de una persona según la antropología bíblica. Para conocer, por tanto, las cualidades o notas distintivas de las palabras de Jesús, sobre todo en un hombre recto como él (Mc 12,14), hay que considerar también sus hechos, particularmente el evento pascual. La revelación divina ofrecida en y por Cristo acontece gracias a acciones y palabras íntimamente unidas (*DV*, nº 2).

Sin embargo, acciones y palabras en el siglo I, según la cultura mediterránea de pueblos semitas, no tienen su razón de ser en sí mismas. Ellas están al servicio de la comunicación con Dios (relación religiosa), con los de la misma sangre (relaciones familiares o intragrupo) y con los otros (relaciones sociales o extragrupo). Acciones y palabras, por tanto, favorecen o destruyen relaciones en los ámbitos señalados. No son eventos neutrales, que no influyan decididamente en la vida. De aquí la importancia de cuidar en grado sumo qué tipos de acciones se realizan y qué palabras se dicen (Eclo 6,9.13.14; Sant 3,1-12), pues pueden destruir una relación o edificarla. Además, no se trata de acciones que afecten sólo al individuo. Por ser una sociedad colectivista, que entiende la individualidad en íntima dependencia del grupo de pertenencia y como producto del mismo (“personalidad diádica”), las palabras y acciones del individuo

involucran al conjunto de su familia o intragrupo. No era raro que acciones o palabras ofensivas de unos terminaran dañando a parientes cercanos.

Porque las acciones de Jesús y sus palabras expresan y construyen sus relaciones desvelan su identidad, la que no se comprende independiente de su función o puesto en la jerarquizada sociedad israelita del siglo I, tanto religiosa, familiar como civil. Porque acciones y palabras se entienden como manifestación de las relaciones que sostienen la vida de Jesús, llaman tanto la atención y suscitan admiración, pues exponen un tipo de relación vinculante con unos (discípulos, pecadores, publicanos, Dios...) o desvinculante con otros (maestros de la ley, espíritus impuros, Satanás...) del todo inesperado para la época. Nadie vivía así sus relaciones. Es probable que la pregunta más frecuente entre los contemporáneos de Jesús fuera: “¿Quién se cree éste?” (Jn 8,53).

2- *Inicio del ministerio de Jesús y voluntad del Padre*

Según el testimonio de los *Evangelios*, el inicio del ministerio público de Jesús está ligado al profeta Juan Bautista. Éste, por el espacio geográfico en el que actuaba (desierto de la Transjordania, en la Perea de Herodes Antipas [4 a.C. – 39 d.C.]: Jn 1,28; 3,26), por lo que hacía (bautizar) y proclamaba («Detrás de mí viene uno que es más poderoso que yo»: Mc 1,7), preparaba a Israel para la intervención definitiva de Dios que renovarían a su pueblo, haciendo posible la santidad de vida en alianza con Él. La persona de Juan, sus palabras y actividad simbolizaban la necesidad de “reingresar” a la tierra prometida para vivir realmente “purificados” por el bautismo de conversión, esperando la segura y pronta intervención de Dios por su mediador y agente mesiánico por quien implantará su Reino (1,14-15).

En este contexto, las primeras palabras del Nazareno expresan el deseo de cumplir esta “justicia” de Dios (Mt 3,15), es decir, que tanto el precursor (Juan) como él, el agente mesiánico de Dios, se conduzcan conforme a su plan, que es lo que significa “justicia” en *Mateo*. Este requerimiento, que brota de su condición de Hijo y Mesías, explican las primeras palabras de Jesús, afirmando que todo lo que dice y sucede es para realizar la voluntad de Dios contenida en el *Antiguo Testamento*, las *Sagradas Escrituras* de Israel: Jesús le respondió al Diablo: «Las Escrituras dicen: *El hombre no vivirá sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*», y luego «No podrás a prueba al Señor, tu Dios» y finalmente: Adorarás al Señor, tu Dios, y solo a él darás culto» (4,4.7.10).

Y lo mismo ocurre con sus últimas palabras, una confesión de radical fidelidad a la voluntad de Dios: «¡Todo se ha cumplido!» (Jn 19,30; ver Mt 26,42). En la columna vertebral del ser y misión de Jesucristo, de sus palabras y acciones, se inscribe la voluntad salvífica del Padre. En realidad, es la relación fundamental de Hijo y Mesías la que se expresa en ellas. Él es, pues, la luz enviada por Dios que trae esperanza al pueblo (Mt 4,15-16), es «el Señor que ama la vida» (Sab 11,26).

3- *Palabras de Jesús y Reino de Dios*

La primera proclamación pública de Jesús en Galilea, región gobernada por Herodes Antipas, como Perea, es que con Él «el Reino de Dios está llegando» (Mc 1,15). Por esto, la voluntad salvífica del Padre hay que entenderla como la realización

de su reinado mediante su Hijo. Las palabras del Hijo, como sus actos, simbolizan y hacen realidad a Dios como Rey. Y cómo Él es Padre, el Hijo hace que Dios reine como Padre de todos, implantando su soberanía creacional (Lc 12,6-7.22-32) y liberadora sobre Israel (10,17-20; 11,20).

Las parábolas, generalmente reunidas en ciclos literarios en los Sinópticos (Mc 4; Mt 13), son relatos que Jesús construye con imágenes sacadas de la vida real, sobre todo del mundo rural, que representan situaciones posibles, reconocidas por los oyentes, y que encierran una enseñanza para invitar al lector a dar su respuesta personal. En ellas, Jesús enseña que el Reino es de inicio oculto, casi invisible y que – si bien no aparece en forma espectacular– «ya se está manifestando en presencia de ustedes» (Lc 17,21). Porque es “de Dios”, el Reino depende de su poder y sabiduría, y ya sea que el hombre duerma o vele, la semilla del Reino crece hasta cobijar a todos los pueblos. La soberanía de Dios como Padre hay que pedirla (Mt 6,10), porque el Reino –acontecimiento ya presente– se desarrolla en busca de su plenitud. La soberanía de Dios es en cuanto Padre y quien acepta al Hijo, mediador y agente del Reino, adquiere una nuevas relaciones fundamentales que explican su nueva identidad, la de hijo de Dios y hermano de los demás. Dios reina cuando se acepta y construye por la fe y el amor estas originales relaciones de donde brotan los valores del Reino.

Se trata, pues, de un reinado de la paternidad de Dios, es decir, de su señorío creacional (vida) y liberador (misericordia) sobre todos y todo. De aquí que su mediador mesiánico sea su mismo Hijo y no solamente un profeta, aunque éste pueda ser de la talla de Jeremías o Isaías, ni solamente un rey, aunque pueda ser de la estatura de David o Salomón (Mt 12,41-42).

Las palabras de Jesús tienen, pues, una finalidad concreta: implantar una nueva y original relación de Dios con su pueblo, lo que se expresa con la categoría de “reinado de Dios”. Nuestra relación personal y comunitaria con Dios dependerá del «aumento de nuestra familiaridad con la Palabra divina» (VD, nº 124).

4- *Palabras que oran*

El contenido más revelador de las palabras de Jesús aparece cuando se relaciona con Dios. Tanto la forma cómo se dirige a Dios como el contenido de sus palabras revelan su íntima relación filial (*Abbá*: Mc 14,36).

Un buen hijo en el siglo I se caracterizaba por el respeto y la confianza, la obediencia y la fidelidad a su progenitor a quien tenía que tratar como benefactor y maestro. Estas disposiciones se reflejan en las palabras de Jesús y particularmente en circunstancias trágicas precisamente cuando se juega la vida, como en la cruz antes de morir: «¡Padre, en tus manos entrego mi espíritu!» (Lc 23,46). Sabemos ahora cuál es el fundamento de su vida: el reinado de su Padre como tal y su voluntad salvífica (Jn 4,34). Esta relación configura su identidad y explica su misión. Por ello el diálogo de Jesús con Dios es para conocer y realizar el plan salvífico de su Padre en favor de Israel y la humanidad.

La oración de Jesús responde a una búsqueda apasionada de cómo ser siempre un Hijo confiado y obediente para hacer realidad, en aquella tensionada coyuntura del siglo I, su reinado de Padre (Mt 6,9-10: «Padre nuestro... venga tu Reino, hágase tu voluntad...»).

5- *Palabras que enseñan*

Lo que más fácilmente se capta en las palabras de Jesús es su dimensión didáctica. Jesús, particularmente con sus parábolas, enseña en un primer momento a quien quiera escucharlo, las características y consecuencias del reinado de Dios y, sobre todo, las notas distintivas del Dios que quiere reinar.

Su novedad no consistía en enseñar, puesto que varios y famosos rabinos cumplían esta función en el Israel del siglo I. Según el *Evangelio de Mateo*, su novedad consistía en que, a diferencia de los rabinos de la época, no eligió a discípulos para enseñarles la Ley, sino para que, adhiriéndose a Él y a su proyecto mediante la fe, llevaran la Ley a su cumplimiento (Mt 5,17-48), alcanzando la comunión en santidad con Dios, ideal espiritual del israelita fiel a Dios. Aquí estaba el giro original de Jesús: enseñaba que sólo esto era posible cuando se entendía que la Ley preparaba para aceptarlo a Él en cuanto Hijo del Altísimo y agente mesiánico, descendiente de David (26,63). Así, los de Jesús, no se preparaban para seguir la Ley, sino para vincularse a Jesús y a su proyecto, y seguirlo en cuanto plenitud de la Ley.

Por tanto, si la Ley se comprende y vive bien, conduce a Jesucristo, puesto que el mediador mesiánico definitivo no era “algo” (la Ley, el Templo), sino “Alguien” (Jesús). El discipulado para Jesús no consiste en prenderse de la Ley de Moisés por el estudio y su práctica, sino en prenderse de Jesús—Mesías por el seguimiento de quien, por ser Hijo de Dios, inaugura el Reino de su Padre y abre a la comunión filial con Él, ideal que la Ley por sí misma no puede alcanzar.

Este novedoso aspecto de su enseñanza y la imagen de Dios que compartía con sus contemporáneos, tan disímil a la explicada por los rabinos de su tiempo, cautivaba a la gente sencilla y humilde (Mt 11,25-27), aunque atraía sobre Jesús la ira y el desdén de quienes se consideraban maestros en Israel. Éstos, porque Jesús se tenía por maestro y así era considerado por la muchedumbre, procedían a desafiar el honor que la gente le tributaba como maestro, un rito socialmente aceptado que buscaba demostrar que el sujeto emplazado no era más que un embustero y, por tanto, había que proceder a degradarlo o reubicarlo en la posición social que le correspondía (ver más adelante).

6- *Palabras que sanan y salvan*

Si las palabras que enseñan, manifiestan sobre todo la sabiduría de Jesús—maestro, las palabras que sanan y salvan, exteriorizan el poder de Jesús—taumaturgo. Entre las palabras que sanan se cuentan aquellas dirigidas a la multitud de enfermos de aquel tiempo (Jn 5,2-3); entre las palabras que salvan, aquellas dirigidas a gente sana, pero en contexto de gran peligro para sus vidas como una tempestad.

Muchos son los relatos de sanación y salvación en los *Evangelios* (33 sin contar los paralelos). Un relato modelo es *Lucas 4,31-37*. Se comprueba que forman parte de esta narración y muchas otras, las palabras de Jesús que desencadenan el resultado favorable para el enfermo (Lc 4,35: «¡Cállate y deja a este hombre!») y las expresiones de los protagonistas que, sorprendidos por lo que ocurre, se preguntan «¿qué palabra es ésta?» (4,36) o bien «¿qué es esto?» (Mc 1,27), procurando descubrir la particular relación de Jesús con Dios y sus adversarios (espíritus impuros y otros) y el origen de

su autoridad. Al igual sucede con sus palabras de salvación en contexto de riesgo vital como una tormenta: Jesús «ordenó al mar: ¡Silencio! ¡Cállate!», y luego la pregunta de quienes fueron salvados: «¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mc 4,39.41). La consecuencia es la misma, pues a la pregunta sigue el temor reverencial, la admiración, el incremento del honor o buen nombre de Jesús, valor esencial en el siglo I (Mc 1,28; 4,41).

¿Por qué el temor y la admiración? No es porque Jesús haya realizado una sanación. De hecho, aunque no eran numerosos, había varios y efectivos curanderos populares en aquel tiempo (Lc 11,19). Las tempestades y enfermedades, al igual que la fiebre, las producían espíritus impuros que tomaban posesión de las personas o vivían ocultos en la profundidad del mar. Sanar a un enfermo, por tanto, es un exorcismo, es decir, requiere una orden y actos realizados con tal poder o autoridad que derroten a los espíritus inmundos, los que bien podían llegar a ser una «legión» (Mc 5,9). Jesús suscita admiración, y la pregunta por el origen de su autoridad es debido a que domina espíritus impuros sin acudir a un ser superior a él, lo que se esperaba conforme a la jerarquizada cosmogonía que regía el mundo de seres humanos y supra humanos de aquel entonces. Ningún hombre podía derrotar a Dios y a sus ángeles ni al Demonio ni a sus servidores, los espíritus impuros, pues el primer lugar en poderío lo ocupaba Dios y luego el Demonio, Ellos, por tanto, estaban en lo más alto del poder sobrenatural. Sólo Dios podía derrotar al Diablo y a sus espíritus inmundos. Sin embargo, ninguna fórmula de intervención de Jesús para derrotar espíritus malos considera la invocación a Dios; la orden viene de él mismo: «Espíritu mudo y sordo, *yo te lo ordeno*: ¡sal del muchacho y no vuelvas a entrar en él!» (9,25). Por ello, conforme a la cosmogonía en uso, se decía que Jesús sanaba enfermos porque estaba poseído por Belzebú (3,22). Los discípulos, luego de la resurrección del Señor y el don del Espíritu, releerán palabras y acciones de Jesús de Nazaret, descubriendo que estaban revestidas del poder propio del Hijo de Dios y Mesías (1,1), lo que explica la derrota de los adversarios de Dios.

7- *Palabras que perdonan*

No son muchos los datos explícitos en los Sinópticos en donde las palabras de Jesús sean de perdón de los pecados (Mt 9,2; Lc 7,47-48; Jn 8,11). Cuando las hubo, no dejaron de producir un gran escándalo. ¡Es que sólo Dios puede perdonar los pecados!

La misma dinámica argumental con que se entiende las palabras de curación de enfermedades se aplica a las palabras de perdón de pecados. Por sí mismas, las palabras de un hombre no pueden purificar una ofensa hecha a Dios quien, si lo desea, es el único que tiene poder para perdonar. Sin embargo, las fórmulas de perdón empleadas por Jesús no invocan la intervención purificadora de Dios: «Tus pecados ya han sido perdonados», le dice a la mujer que se dirigió a Él con un frasco de perfume para ungirlo (Lc 7,48). De aquí la sorpresa nuevamente expresada en pregunta: «¿Quién es éste que hasta perdona pecados?» (7,49), que corresponde a «¿quién crees que eres?», ya que ni siquiera es más grande que «nuestro padre Abrahán» (Jn 8,53; ver 1,19).

Las palabras de Jesús, porque proceden de un mediador mesiánico que es Hijo de Dios, tienen el poder de restaurar la relación de amistad con su Padre al remover todo pecado.

8- *Palabras en contexto de intimidad*

Según fue la reacción de los primeros destinatarios del Reino, los israelitas, a la persona de Jesús y a sus enseñanzas, su dinámica pedagógica sufrió cambios. En un primer momento, las palabras de Jesús –sobre todo las didácticas– se dirigían a todos los israelitas, particularmente a los de los poblados de la Galilea rural donde se concentraba el Israel endeudado y empobrecido, que no gozaba de la herencia de la tierra rica en «leche y miel» que Dios les había concedido (Ex 3,8.17; Nm 13,27). Sin embargo, la reacción dudosa de mucha gente, la falta de fe de sus parientes y la abierta adversidad de los dirigentes, llevó a Jesús a abrir caminos nuevos para la implantación del Reino. Como consecuencia del rechazo, conocido como “crisis de Galilea” (ver Mc 6,1-6; 8,31-33), Jesús escoge “discípulos” de entre la muchedumbre y, de entre ellos, a “los Doce apóstoles” (Mt 10,1-4), para que signifiquen el llamado a la renovación que Dios hace a todo Israel y le colaboren en el anuncio del reinado de su Padre. A éstos, les pide que, abandonando sus paradigmas antiguos, incluso la propia familia de ser necesario, confiaran en Él y lo siguieran, para ir por las aldeas anunciando el don del Reino a Israel que el Hijo, como definitivo mediador mesiánico, hacía presente. Por la reacción de rechazo generalizada, aunque Jesús a todos continuó dirigiendo sus palabras dándoles la posibilidad de hacerse sus seguidores, sólo al grupo de discípulos y apóstoles les explicaba en detalle la propuesta del Reino (Mc 4,33-34).

Este es el principal ámbito para las palabras de Jesús en contexto de intimidad. Reúne a los suyos en “la casa” que los recibe (familia amplia y sus redes; cfr. Mc 3,31-35). “La sinagoga”, en cambio, es para el antiguo Israel, para los que lo rechazan, no para sus discípulos, por lo que ahora es la sinagoga «de ellos», la de los judíos (1,39; Hch 13,5), e incluso será llamada «sinagoga de Satanás» (Ap 2,9; 3,9). En la casa, cuando están solo los discípulos, Jesús les explica el sentido de sus palabras, aclara sus dudas y responde sus preguntas (Mc 7,17; 9,28.33; 10,10; Lc 10,23). La casa era el espacio de confianza donde el Maestro le hablaba a los suyos de tal modo que no sólo les abría sus mentes embotadas (Lc 24,25), sino también su corazón, para que aceptaran el don del Reino. Ya entonces, como ocurriría después de su resurrección, Jesús les hablaba de tal manera acerca del plan salvífico de su Padre que hace que sus corazones ardan por el amor de Dios manifestado en Jesús, liberador de Israel (24,21.32).

9- *Palabras en contexto de controversia*

Ya me he referido a la estrategia social del “desafío al honor”. La controversia con Jesús por parte de los maestros de la Ley se da según este rito. Varios ciclos literarios en los *Evangelios* testimonian la frecuencia e intensidad de las controversias como, por ejemplo, el de *Marcos 12,13-34*. A los cuestionamientos de los dirigentes de Israel, Jesús respondía con sus propios retos, ajustándose también a la estrategia del desafío al honor (Mc 12,35-44). La pregunta de fondo era cómo es posible que un

pretendido maestro de Nazaret, aldea de la que nada bueno se puede esperar (Jn 1,46), le sustraiga discípulos y fama a reputados maestros de la Ley. Hay que enfrentarlo y desafiar su buena reputación de maestro, teniendo por testigo y juez a la multitud que lo escucha. Así, se puede demostrar que su ciencia no se compara a la de ellos, que tantos años han invertido en el estudio de la Ley y sus tradiciones.

Las preguntas a Jesús para ponerlo a prueba son de todo tipo: socio-políticas como aquella de si «es lícito o no pagar el tributo al César» (Mc 12,14); teológicas como la referida a la cuestión práctica sobre la resurrección de una mujer y sus siete maridos: «Cuando resuciten, ¿de quién de ellos será esposa?» (12,23), o jurídica como la que le hace un maestro de la Ley sobre «cuál es el primero de todos los mandamientos» (12,28). La intención de éstas y otras preguntas no es aprender, sino que pertenecen a la estrategia propia del desafío al honor y lo que buscan, como lo testimonian los Sinópticos, es «atraparlo por alguna de sus afirmaciones» o someterlo «a prueba» con el fin de denigrarlo antes sus seguidores (8,11, 10,2; 12,13) lo que también se conoce como “degradación del honor”. Sin embargo, incluso esa gente que desafía el oficio y honor de maestro de Jesús queda admirada por lo acertado de sus respuestas (12,17).

A diferencia de las palabras en contexto de intimidad, la discusión propia de una controversia tiene, por parte de Jesús, una fuerte carga de enojo e ironía (*EG*, nº 150) al comprobar la cerrazón de aquellos que, por conocer la Ley, debieran estar más abierto al mediador mesiánico de Dios. Las palabras de Jesús responden, además, a la intención de sus adversarios que lo someten a un juicio público, para desprestigiarlo como maestro en Israel (Mc 8,11; 10,2; Lc 10,25), al igual como lo había hecho el Diablo al comienzo del ministerio público de Jesús (Mc 1,13).

II- **La *ABP* al ritmo de las palabras de Jesús**

1- *Palabras de Jesús y ABP*

¿Qué es la *ABP*? Es aquella espiritualidad bíblica y acciones pastorales que permiten acompañar un discipulado misionero fiel y radical mediante las palabras de Jesús, rescatando para ello toda su riqueza reveladora y performativa, tal como salieron de su boca y conforme su mismo propósito.

Se trata, en primer lugar, de una “espiritualidad bíblica”, es decir, de adquirir una vida interior configurada por la Palabra de Dios contenida en la *Sagrada Escritura*, sostenida por el anhelo de conocerla y vivirla, y favorecida por disposiciones humanas y discipulares que permitan un trato familiar con ella. El fruto es una vida y comunión “en Cristo” en cuanto Palabra de Vida y Verdad, gracias a la mediación de la *Sagrada Escritura* (Lc 24,25-27; Hch 8,30-35). Entonces, la familiaridad con la Palabra es la que orienta la vida personal y comunitaria en todas sus dimensiones y la explica como vida al servicio de otros. Esta vida espiritual nutrida por la *Sagrada Escritura* cumple las veces de “tierra fecunda” en donde cae y brota la Palabra de Dios, produciendo frutos de conocimiento del misterio de Dios y de transformación de la existencia (Mc 4,20). Se trata de que la Palabra viva encuentre un sujeto vivo donde germinar. Esta función de preparar “la tierra y abonarla” es lo que le corresponde a la espiritualidad bíblica.

Pero la espiritualidad bíblica, aunque esencial, no basta por sí misma para hacer posible la *ABP*. Se requieren “acciones pastorales” (temas, jornadas, momentos de oración... centradas en la Biblia) de carácter orgánico y pertinente que –por un lado– acompañen un discipulado misionero y una vida comunitaria animada cada vez más por la Palabra de Dios y –por otro– favorezcan pastorales parroquiales y diocesanas que broten de la Palabra de Dios como de su fuente y sean acompañadas y evaluadas a su luz. De aquí que la Palabra de Dios contenida en la *Sagrada Escritura* no sea transversal, sino fontal, es decir, fuente para toda la actividad evangelizadora, litúrgica y social de la Iglesia.

Así, tanto la espiritualidad bíblica como las acciones pastorales inspiradas en la Biblia, permitirán a creyentes y comunidades ser tierra buena en la que se siembran las palabras del Resucitado con su fuerza reveladora y performativa, dándole a la Palabra de Dios que la Biblia consigna el lugar que le corresponde. Sólo así la *ABP* estará cumpliendo su máspreciado anhelo: que a Palabra de Dios «sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial» (*VD*, nº 1).

2- *Palabras de Jesús e interpretación*

El primer acceso a las palabras de Jesús debe ser interpretativo, pues el acontecimiento Jesús (palabras, acciones, relaciones) se nos comunica mediante palabras humanas que configuran relatos escritos desde y con la mentalidad de autores del siglo I (*Nuevo Testamento*). De aquí que se requiere del lector de hoy –ajeno del todo a aquella cultura– un esfuerzo de inculturación e interpretación que permita trascender la simple literalidad del texto, para hacerse cargo de los significados que sus autores quisieron producir con dichos relatos conforme a su mentalidad (*VD*, nº 38). Como el ser humano vive según una cultura que le es propia y, a su vez, «crea entre los hombres un lazo que les es también propio, determinando el carácter inter–humano y social de la existencia humana» (*VD*, nº 109), no es cualquier palabra de Jesús la que enseña y sana, perdona y salva, sino las palabras con los significados y connotaciones que Él les dio y según lo transmitieron los autores inspirados. Se trata de acceder a las palabras en cuanto “de Jesús”. De aquí que la primera tarea del lector creyente sea comprender sus palabras con los mensajes que Jesús mismo transmitió, evitando poner –en la medida de lo posible– sentimientos y pensamientos propios. Por desgracia, en nuestra cultura tan poco acostumbrada a la lectura, no es difícil confundir “lo que Jesús dijo” con lo que me parece que dijo o con lo que siento. La primera aproximación al *Nuevo Testamento*, por ser la de un creyente, tiene necesariamente que ser un acto de comprensión lo más objetiva posible. Es una exigencia de la misma fe en la encarnación y la historicidad de Jesús y su proyecto.

Para satisfacer esta necesidad de lectura creyente, comprensiva y objetiva, la *ABP* debe ofrecer un conjunto de acciones pastorales de carácter bíblico que enseñen y acompañen la adecuada interpretación de la *Sagrada Escritura*. El acercamiento con sencillos métodos interpretativos garantiza el acceso a la revelación divina y dispone la vida a la fuerza transformadora de la Palabra conforme sea la madurez de la propia espiritualidad bíblica. No es tan difícil como pudiera parecer. La lectura de un periódico o de un libro incorpora, sin ser un acto del todo consciente, la interpretación de lo que se lee. En realidad, se lee interpretando. Lo que ocurre con la Biblia es que hay que tomar conciencia de que la fuente de donde brotan los significados para el autor no es

conocida por el lector. Esto hace que la lectura de la Biblia tenga que convertirse en un acto consciente de indagación para que la interpretación sea la adecuada, es decir, para entender hoy lo que el autor dijo (contenido literario) e intentó decir (intención literaria) en su tiempo.

Ahora bien, dada la naturaleza de la revelación divina, esto no basta. La interpretación será la adecuada sólo cuando se realiza en vista del conocimiento y anuncio del Reino de Dios, es decir, de la profundización de las relaciones nuevas que Dios como Padre regala cuando reina. No es, pues, una interpretación aséptica: es lectura “creyente”, por lo que se interpreta con el fin de vivir en la Iglesia el discipulado misionero y anunciar el Reino. Este marco (discipulado) y propósito (evangelización) son, como se indicó, los mismos de las palabras de Jesús.

En conclusión, una interpretación adecuada de las palabras de Jesús no sólo se ocupa de sus significados auténticos, sino también de su marco discipular y propósito evangelizador. Sólo gracias a este contexto teológico–pastoral, la interpretación bíblica no cae en la esquizofrenia de preocuparse primero de interpretar para conocer el mensaje y posteriormente acceder a las palabras de Jesús que me sanen, salven y perdonen. Dado que una adecuada interpretación aprehende los significados originales, la lectura creyente y eclesial es camino –a la vez– de conocimiento de la Palabra y de apertura a toda su fuerza performativa, pues las mismas palabras y acciones de Jesús que sanan y salvan son las que manifiestan el misterio del Padre y su Reino con su poder vivificador (*VD*, nº 38).

3- *Palabras de Jesús y comunión*

Si en la misma Palabra de Dios se nos revela «la naturaleza filial y relacional de nuestra vida» (*VD*, nº 22; ver nº 86), Dios nos regala su Palabra «precisamente para construir comunión» (nº 86). Esta es una dimensión determinante de la misión de Cristo y de la existencia en Cristo que nos lleva a descubrir que las acciones pastorales de la *ABP* casi nada producen si no se acompañan a la vez de una espiritualidad bíblica de creciente vinculación con Cristo y su comunidad. La comunión con el Resucitado está mediada por sus palabras, las que nos enseñan a orar, nos comunican el misterio de Dios, nos convocan como discípulos, nos sanan, salvan y perdonan, nos hablan en la intimidad y, con su fuerza profética, disciplinan nuestra vida para que abandonemos aquello que no pertenece al seguimiento auténtico. Porque las palabras de Jesús expresan la Palabra del Padre abren caminos de santidad.

La comunión con Cristo que producen sus palabras nos introducen de modo progresivo en su misterio. Y su misterio no se agota en la dimensión vertical de encuentro con la divinidad. Esta comunión, por requerimiento del Hijo en cuanto encarnado y redentor, conlleva el don y la opción por una fraternidad que presencialice que el Dios de Jesús es el Padre de todos y que tiene una marcada preferencia por los débiles y pecadores, como su Hijo lo hizo saber con su enseñanza y su conducta.

Ahora, por requerimiento de Jesucristo en cuanto ha sido hecho por Dios “Señor” de la historia y de toda creatura (Flp 2,9-11; *LS*, nº 100; ver nº 75), la comunión no sólo nos abre al desafío de vivir en vinculación con Dios y los demás, sino también comprometidos con el cuidado de la creación, haciéndola casa común y humana para todos, respetando la dinámica impresa por el Creador en ella.

Lo mismo ocurre con la gestión del tiempo. Podemos hablar en forma analógica de una comunión con el tiempo por parte del discípulo de Jesús que, en cuanto tal, lo hace decididamente humano, es decir, propicio para el crecimiento del ser humano en su dimensión escatológica. Y porque el discípulo confiesa que sólo en el Señor Jesús adquiere la plenitud, gestiona el tiempo como “tiempo continuo y ascendente de salvación” hasta alcanzar, «la unidad de la fe y del conocimiento íntegro del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, según la medida de la madurez de Cristo en su plenitud» (Ef 4,13).

Uno de los métodos que mejor nos permite rescatar de la *Sagrada Escritura* el talante de las palabras de Jesús en vista a estas diversas dimensiones de la comunión es la *Lectio divina* (VD, nsº 86-87). Se trata de un camino pedagógico bíblico que, por la actualidad del Resucitado, posibilita el don de una vida en comunión con Él. La *Lectio divina* es un “camino” o “sendero” que, al recorrerlo, va dejando atrás el texto bíblico, sus letras, palabras y sintagmas, para alcanzar los encuentros que realmente se anhelan: con los auténticos significados o mensajes de las palabras del Señor mediante la meditación, para terminar en el encuentro con el Dueño de esas palabras, Cristo, la Palabra viva del Padre, mediante la oración y la contemplación.

Y como la palabra sin acción es vacía, la *Lectio* nos permite integrarnos al mundo con el deseo de la construcción del Reino, finalidad para el cual Jesús se comunicó y actuó.

4- *Palabras de Jesús y evangelización*

El propósito de las palabras y acciones de Jesús, Hijo de Dios y mediador mesiánico, fue significar y hacer realidad el Reino de su Padre con sus características de paz, justicia, verdad y fraternidad. Porque las palabras de Jesús tienen las virtudes ya consideradas (enseñan, sanan, perdonan...) cumplen una doble función: son signos de que el Reino de Dios está llegando y, cuando por la fe se las acepta, son agentes efectivos de las nuevas relaciones que el reinado de Dios, en cuanto Padre, hacen posibles.

Cuando Jesús envía a sus discípulos a anunciar el Reino, lo hace otorgándole a las palabras y acciones de los suyos la misma autoridad que revestían las suyas: podrán sanar enfermos, limpiar leprosos, expulsar demonios (Mt 10,5-8). Y el propósito es el mismo de Jesús: significar que el Reino de Dios está presente e implantarlo como cumplimiento de la promesa divina a Israel. Pero en el anuncio de los discípulos hay un elemento identificador que aprendieron en su convivencia con Jesús: el Reino de Dios necesita de un mediador mesiánico y éste es Jesús de Nazaret, y el signo validador de su condición es la autoridad de su palabra (Lc 4,31-32). Así, el anuncio del Reino para la Iglesia primitiva se convierte en proclamación de Jesucristo.

Porque la *ABP* tiene que plantearse y vivirse en diálogo permanente con las notas distintivas de las palabras de Jesús, debe ofrecer un conjunto de acciones pastorales que preparen al discípulo misionero para que sea, por sus palabras y acciones, testimonio del Reino allí donde se encuentre. La *ABP* tiene que ser, por naturaleza, escuela de nueva evangelización, puesto que de la Palabra de Dios surge la misión de la Iglesia. No podemos guardar «para nosotros las palabras de vida eterna que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo: son para todos, para cada hombre. Toda persona de nuestro tiempo, lo sepa o no, necesita este anuncio» (VD, nº 91).

El encuentro personal y comunitario con la Palabra nos llevará, por desborde de gozo, «a ser sus anunciadores para que el don de la vida divina, la comunión, se extienda cada vez más por todo el mundo» (*VD*, nº 2). Y el anuncio de la Palabra que crea comunión es fuente de inmensa alegría (así en *VD*, al comienzo y al final: nsº 2 y 123).